

deses pidieron al punto sus antiguos estados, y Berna respondió que admitía peticiones individuales, pero que no habría reuniones de estados, exigiendo la renovación del juramento de fidelidad. Esta fué la señal de insurrección para los vaudeses. Los baillíos, cuya tiranía era aborrecible, quedaron expulsados, aunque sin tratarlos mal; y por todas partes se alzaron árboles de libertad, constituyéndose en breves días el país de Vaud en *república lemnica*. Reconocióla el Directorio, y autorizó al general Menard para que la ocupase, dando á entender al cantón de Berna que la Francia garantizaba su independencia.

Entretanto se hacía otra revolución en Basilea. El tribuno Ochs, hombre de talento, muy decidido por la revolución y poderosamente relacionado con el gobierno francés, era su principal corifeo. Quedaron admitidos los campesinos, en unión con los vecinos, para formar una especie de convención nacional que redactase una constitución. Su autor fué Ochs, y era muy semejante á la de Francia, que sirvió entonces de modelo para toda la Europa republicana. Fué traducida en francés, alemán é italiano, y esparcida por todos los cantones para excitar su celo. Mengaud, que era el agente francés en los cantones y residía en Basilea, contribuía á dar impulso, habiéndose sublevado en Zurich los campesinos para que se les reintegrase en sus derechos.

Durante este tiempo habían reunido un ejército los señores de Berna y mandado convocar una Dieta general en Arau para deliberar sobre el estado de Suiza y pedir á cada cantón el contingente general. Circulaban la voz entre los vasallos alemanes de que la parte francesa de Suiza quería separarse de la confederación y reunirse á Francia; que la religión se hallaba en peligro, y que los ateos de París querían destruirla. Así, pues, bajó de las montañas del Oberland un pueblo sencillo, ignorante y fanático, persuadido de que querían atentar contra su antiguo culto, y reunieron unos veinte mil hombres divididos en tres cuerpos, que se situaron en Friburgo, Morat, Buren y Soleure, guardando la línea del Aar y observando á los franceses.

Entretanto, es decir, en pluvioso (febrero) se veía apurada la Dieta, reunida en Arau, por no saber cuál partido adoptar. Su presencia no impidió sublevarse á los habitantes de Arau, ni plantar el árbol de la libertad y declararse independientes. Las tropas bernesas entraron en Arau, cortaron el árbol de la libertad y cometieron algunos atropellos, no obstante haber declarado el agente Mengaud que el pueblo de Arau estaba bajo la protección de la Francia.

En este punto se hallaban las cosas, es decir, enemistados, pero no aun en guerra abierta. La Francia, llamada por el pueblo á quien protegía, lo ocupaba con sus tropas y amenazaba usar de la fuerza si se cometía con él la menor violencia. La aristocracia de Berna reclamaba por su parte sus derechos de soberanía, y declaraba que deseaba estar en paz con la Francia para recobrar sus posesiones; mas por desgracia, todos los antiguos gobiernos que existían á su alrededor se desplomaban ó espontánea ó violentamente. Basilea dejaba independientes á las baillías italianas; el alto Valais emancipaba al bajo, y Friburgo, Soleure y San Gall se hallaban en revolución.

La aristocracia de Berna, viéndose estrechada por

todas partes, se resignó á hacer algunas concesiones, y admitió en participación de las atribuciones reservadas á las familias gobernantes á cincuenta individuos del campo; pero suspendió hacer modificaciones en la constitución en el término de un año, lo cual era una inútil concesión que nada podía remediar.

Envióse á las tropas bernesas, situadas en la frontera del país de Vaud, un parlamentario francés para manifestarles que si daban un paso más, se las atacaría; pero aquellas acometieron al parlamentario y asesinaron á dos personas de su escolta: acontecimiento que decidió la guerra. Brune, encargado del mando, entabló algunas conferencias en Payerne que fueron inútiles, y el 12 ventoso (2 marzo) se movieron las tropas francesas. El general Schawembourg, con la división que Hegó del Rhin y que se hallaba en el territorio de Basilea, se apoderó de Soleure y de las riberas del Aar; Brune, de Friburgo con la división de Italia, y el general Erlach, que mandaba las tropas bernesas, se retiró á las posiciones de Fraubrunnen, Guminen, Laupen y Neueneck. Estas posiciones defienden á Berna por todas partes, bien llegue el enemigo por Soleure, bien por Friburgo.

El movimiento de retirada produjo en las tropas de Berna el efecto frecuente entre las fuerzas fanáticas é indisciplinadas: se creyeron vendidas y degollaron á sus jefes. Parte de ellas se dispersaron; mas, sin embargo, quedaron con Erlach algunos de aquellos batallones que se distinguían en todos los ejércitos europeos por su disciplina y denuedo y cierto número de paisanos arriesgados.

El 15 ventoso (5 de marzo), Brune, que estaba en el camino de Friburgo y Schawembourg en el de Soleure, atacaron á un mismo tiempo las posiciones del ejército suizo. El general Pigeon, que mandaba la vanguardia de Brune, se presentó en la posición de Neueneck. Los suizos hicieron una heroica resistencia, y favorecidos por la ventaja del terreno, atajaron el camino á nuestros antiguos batallones de Italia. Pero al mismo tiempo Schawembourg, que salió de Soleure, quitó á Erlach la posición de Fraubrunnen, y se halló descubierta por un lado la ciudad de Berna. Los suizos hubieron de retirarse atropelladamente á esta ciudad, delante de la cual se encontraban los franceses con una multitud de montañeses fanáticos y desesperados. Las mujeres y los ancianos se precipitaban sobre sus bayonetas, y fué preciso inmolar, aunque con sentimiento, á aquellos infelices que corrían á una muerte inútil, entrándose por fin en Berna.

El pueblo de las montañas suizas conservaba su antigua reputación de valor, pero se mostraba tan feroz y ciego como las muchedumbres españolas. Degolló á los oficiales que escaparon de la primera matanza y asesinó al infeliz Erlach. Con mucho trabajo pudo escapar del furor de los fanáticos el digno magistrado de Berna, Stéiger, jefe de la aristocracia, que se salvó por las montañas del Oberland en los pequeños cantones, pasando de éstos á Baviera.

La toma de Berna decidió la sumisión de todos los grandes cantones suizos. Brune, encargado, como tan frecuente era entre nuestros generales, de ser el fundador de una república, trataba de formar con la parte francesa de la Suiza, el lago de Ginebra; el país de

Vaud, parte del cantón de Berna y el Valais, una república que se llamaría *Rodánica*; pero los patriotas suizos habían deseado la revolución de su patria sólo por la esperanza de obtener dos grandes ventajas: la abolición de todas las dependencias entre los pueblos y la unidad helvética. Querían ver desaparecer toda tiranía doméstica y formarse una fuerza común estableciéndose un gobierno central. Obtuvieron sólo que se formase una república compuesta de las diferentes partes de la Suiza, y se convocó en Arau una asamblea para proponer la constitución ideada en Basilea. El Directorio envió al ex convencional Lecarlier para conciliar los deseos de los suizos y tratar con ellos del establecimiento de una constitución que les satisficiera.

En los pequeños cantones montañeses de Uri, Glaris, Schwitz y Zug se preparaba aún alguna resistencia. Los clérigos y aristócratas derrocados persuadían á aquellos infelices montañeses que iba á atentarse contra su culto é independencia. Entre otras voces absurdas, se esparció la de que, necesitando la Francia gente que oponer á los ingleses, quería apoderarse de los robustos suizos para embarcarlos y llevarlos á las costas de la Gran Bretaña.

Cuando entraron los franceses en Berna, se apoderaron de las arcas del gobierno, que es la consecuencia ordinaria y menos extraña del derecho de guerra. Todas las propiedades públicas del gobierno vencido pertenecen al vencedor. En todos aquellos pequeños Estados, económicos y avaros, había algunos ahorros, y en Berna un pequeño tesoro, que ha suministrado á todos los enemigos de Francia ancho campo para sus calumnias. Se le ha hecho subir á treinta millones, pero la verdad es que sólo contenía ocho. Se ha dicho que Francia había hecho la guerra sólo para apoderarse de él y destinarlo á la expedición de Egipto; como si hubiera podido suponer que las autoridades de Berna habrían incurrido en el error de no substraerlo; como si fuese posible hacer una guerra y arrostrar todas las consecuencias de semejante invasión por ocho millones. Estos absurdos se reconocen al primer examen, á pesar de hallarse repetidos por madama de Staël y otros muchos escritores. Se impuso una contribución para el pago y mantenimiento de las tropas á los individuos de las antiguas aristocracias de Berna, Friburgo, Soleure y Zurich.

Llegaba el fin del invierno de 1798 (año vi); habían transcurrido apenas cinco meses desde el tratado de Campo-Formio, y la situación de Europa se hallaba alterada ya singularmente. El sistema republicano hacía diariamente nuevas invasiones; á las tres repúblicas fundadas ya por Francia era preciso agregar dos nuevas, creadas en dos meses, y Europa oía resonar por todas partes los nombres de *república bávara, helvética, cisalpina, liguriana y romana*. En vez de tres Estados, Francia tenía que dirigir cinco, lo cual era una nueva complicación de cuidados, porque se debían dar nuevas explicaciones á las potencias. El Directorio se veía impulsado así insensiblemente, pues no hay nada más ambicioso que un sistema que conquista por sí solo, y con frecuencia á despecho de sus autores.

Mientras se ocupaba de las atenciones exteriores, el Directorio debía inquietarse también por las elecciones. Desde el 18 fructidor no habían quedado en los Con-

sejos sino los diputados que el Directorio dejó voluntariamente, y con los cuales podía contar; eran todos aquellos que quisieron ó toleraron el golpe de Estado. Habían transcurrido seis meses de bastante calma entre el poder ejecutivo y los Consejos, y el Directorio los empleó, como hemos visto, en negociaciones, en proyectos marítimos y en creación de nuevos Estados. Aunque hubiese habido mucha calma, esto no es decir que la unión fuese perfecta, porque dos poderes opuestos en su misión no pueden estar completamente de acuerdo durante tan largo tiempo.

Formábase una nueva oposición, compuesta, no ya de realistas, sino de patriotas. Se ha podido observar ya que, después de ser derrotado un partido, el gobierno se vió en la precisión de empeñar la lucha contra aquel que le ayudó á vencer, porque este último iba siendo demasiado exigente y comenzaba á sublevarse á su vez. Desde el 9 termidor, época en que las facciones, iguales ya en fuerza, habían comenzado ya á tener la alternativa de las derrotas y las victorias, los patriotas produjeron una reacción en germinal y pradiel, é inmediatamente después de ellos, los realistas en vendimiarío. Desde este último y la institución del Directorio, tocóse á los patriotas el turno, y mostráronse los más audaces hasta la intentona del campamento de Grenelle. A partir de aquel día, los realistas recobraron la ventaja; habían perdido el 18 fructidor, y correspondía ahora á los patriotas levantar la cabeza. Para caracterizar esta marcha de las cosas, habíase imaginado una palabra que se ha visto reaparecer después, la de *báscula*, y llamábase *sistema de báscula* á esta política, que consistía en levantar alternativamente á cada partido. Hacíase un cargo al Directorio por emplearla, y ser así sucesivamente el esclavo de la fracción que le auxilió. El cargo era injusto, pues á menos de llegar á colocarse al frente de los negocios con una espada victoriosa, ningún gobierno puede inmolar todos los partidos á la vez, gobernando sin ellos y á su pesar. A cada cambio de sistema es preciso hacer otros en la administración, y llamar naturalmente á los que han manifestado opiniones conformes al sistema que triunfó.

Todos los individuos del partido vencedor se presentan en tropel con la mayor esperanza, asaltan al gobierno, y están dispuestos á combatir si no hacen lo que desean. Todos los patriotas estaban sobre sí, buscando un apoyo en los diputados que habían votado con el Directorio en los Consejos. Éste resistió á muchas exigencias, pero se vió precisado á satisfacer algunas. Nombró á muchos patriotas comisarios de los departamentos (prefectos), y otros muchos se preparaban á aprovecharse de las elecciones para entrar en el cuerpo legislativo. Las autoridades recientemente nombradas les servían de mucho.

Además de la nueva oposición formada por todos los patriotas que querían abusar del 18 fructidor, había otra que se llamaba constitucional, y se presentaba por primera vez. Pretendía no inclinarse ni á los realistas ni á los patriotas; afectaba independencia, moderación y adhesión á la ley escrita, y se componía de algunos que sin hallarse alistados en ningún partido, se conceptuaban personalmente agraviados. Los unos no habían logrado una embajada, un grado ó una contrata de abastos para un pariente suyo; á los otros sólo les ha-

bían faltado algunos votos para la plaza vacante del Directorio; nada más común que esta especie de agravios en un gobierno nuevo, recientemente establecido y formado de hombres que el día antes se hallaban entre los meros ciudadanos. Dícese que la herencia es un freno para la ambición, y es una verdad, si se limita á ciertas funciones. Nada puede compararse á la exigencia con que se trata al amigo que era ayer igual á vosotros. Se ha contribuido á nombrarle, ó se cree que está en más alto grado por la casualidad de algunos votos, y parece que se tiene derecho para pedirle y lograrlo todo. El Directorio habíase, sin culpa alguna, atraído una multitud de descontentos entre los diputados que eran antes reputados por directoriales, y á quienes los servicios hechos en fructidor habían infundido exigencias difíciles de satisfacer. Uno de los hermanos de Bonaparte (Luciano), nombrado por Córcega para los Quinientos, se había agregado á esta oposición constitucional, no porque tuviese ningún motivo de agravio personal, sino porque imitaba á su hermano, y quería ser censor del gobierno; y en verdad que esta era la posición propia de una familia que quería vivir aparte. Luciano era ingenioso y estaba dotado de bastante talento para la tribuna, en la cual producía su efecto, principalmente porque llevaba el prestigio de la gloria de su hermano. José había ido á París después de salir de Roma, teniendo gran esplendor en su casa y ostentando mucho aparato al recibir á muchos generales, diputados y personajes de nota. Así los dos hermanos José y Luciano podían hacer varias cosas que el miramiento y su mucha reserva prohibían al general.

Sin embargo, aunque se veía irse pronunciando una opinión unánime hacía cinco meses, aun no se notaba una diferencia conocida. En los Consejos reinaban ciertos miramientos y respetos, y una inmensa mayoría aprobaba todas las proposiciones del Directorio.

Todo anunciaba que las elecciones del año vi se verificarían en el sentido de los patriotas, que dominaban en Francia y en casi todas las nuevas repúblicas. El Directorio estaba decidido á usar de todos los medios legales para no verse vencido por ellos, y sus comisionados extendían circulares moderadas, en que se hallaban exhortaciones, pero no amenazas. Por lo demás, no tenía ninguno de aquellos influjos ó infames supercherías que se usan en nuestros tiempos para que las elecciones salgan al capricho del poder. En las del año v se habían dividido algunas asambleas; y para evitar cualquiera violencia habían ido á votar por separado una parte de los electores. Propúsose este ejemplo en las asambleas electorales del presente año, y casi en todas partes se originaron escisiones, valiéndose la minoría de los electores del pretexto de infracción de la ley, ó de violencia ejercida respecto á ellos para reunirse aparte y hacer su elección particular. Verdad es que en muchos departamentos se condujeron los patriotas con su acostumbrada turbulencia y abonaron la separación de sus contrarios. En otras asambleas fueron los patriotas los que se hallaron en minoría y produjeron la escisión, pero casi en todas partes constituían mayoría, porque el total de la población que les era opuesta y había asistido á las dos elecciones del año v y del año vi, amedrentada á la sazón por el 18 fructidor, se había, por decirlo así, separado de la lid, y no se atrevía á formar parte de ella.

En París reinó extraordinaria agitación y hubo dos asambleas: una en el Oratorio, compuesta toda de patriotas, que constaba de seiscientos electores á lo menos, y otra en el Instituto, formada por republicanos moderados, cuyo número apenas llegaría á doscientos veintiocho. Esta fué la que hizo unas elecciones excelentes.

Todas ellas fueron por lo general dobles: los descontentos, los aficionados á lo nuevo y los que por toda clase de motivos querían modificar el orden de cosas existente, decían ya: «Esto no puede seguir así; después de haber hecho un 18 fructidor contra los realistas, hay peligro de que se haga otro contra los patriotas.»

Circulábase ya el rumor de que se iba á variar la Constitución, y hasta se hizo la proposición al Directorio, que la rechazó enérgicamente.

Se podían adoptar varios partidos respecto á las elecciones: obrando según los principios rigurosos, los Consejos debían sancionar las elecciones hechas por las mayorías, pues de otro modo hubiera resultado que al separarse las minorías tendrían la facultad de prevalecer y ganar las elecciones. Las violencias y las ilegalidades podían ser una razón para anular las elecciones hechas por las mayorías, mas no para adoptar las de las minorías. Los patriotas de los Consejos insistían con ahínco en esta opinión, porque habiendo figurado su partido en mayor número en casi todas las asambleas, hubieran ganado entonces su causa; pero la mayoría de los dos Consejos no quería esto, y propuso dos medios: ó elegir entre las asambleas disidentes, ó hacer otro 18 fructidor. Este último medio era inadmisibile, y el primero mucho más benigno y natural, siendo adoptado por lo tanto. Casi en todas partes se anularon las elecciones de los patriotas, confirmándose las de sus adversarios; y aprobáronse las hechas por la asamblea del Instituto de París, aunque sólo contaba doscientos veintiocho electores y la del Oratorio seiscientos.

Sin embargo, el nuevo tercio, á pesar de este sistema, daba un verdadero apoyo en los Consejos al partido patriota, el cual se irritó sobre manera al ver el medio adoptado para excluir á sus candidatos, y adquirió mayor encono contra el Directorio.

Era preciso elegir un nuevo director; y habiendo designado la suerte á Francisco de Neufchateau como individuo saliente, substituído por Treillard, que era uno de nuestros plenipotenciarios en Rastadt, y que tenía exactamente las opiniones de Larevelliere, Rewbell y Merlin. No producía cambio alguno en el espíritu del Directorio; era un hombre probo y entendido en el manejo de los asuntos. Había, pues, en el gobierno cuatro republicanos sinceros, del todo conformes con sus votos, y que reunían las luces á la probidad. Treillard fué reemplazado en Rastadt por Juan Debry, antiguo individuo de la Legislativa y de la Convención Nacional.

Desde que los partidos, por la institución de la Constitución del año iii, se veían obligados á luchar en el estrecho espacio de una Constitución, las escenas del interior no tenían tanto brillo. Desde el 18 fructidor, sobre todo, la tribuna había perdido mucha de su importancia, pues se tenía la vista fija en el exterior. La gran influencia de la república en Europa, sus singulares y multiplicadas relaciones con las potencias, su cortejo de repúblicas, las revoluciones que hacía por todas

partes, y sus proyectos contra Inglaterra, llamaban la atención de todos. ¿Cómo se arreglaría Francia para atacar á su rival y asestar contra ella los terribles golpes que descargó sobre el Austria? Esta era la pregunta que todos se dirigían, habiéndose acostumbrado á tanta audacia y á tantos prodigios, que el trayecto de la Mancha no tenía nada de asombroso. Los amigos y enemigos de Inglaterra la creían en gran peligro; y ella misma lo juzgaba así, por lo cual hacía extraordinarios esfuerzos para defenderse. Todo el mundo tenía los ojos fijos en el estrecho de Calais.

Bonaparte, que pensaba en Egipto, como había pensado dos años antes en Italia, y de la manera que lo hacía en todo, es decir, con irresistible violencia, había propuesto el plan al Directorio, que le discutía en aquel momento. Todos los grandes genios que examinaron la carta geográfica del mundo han pensado en el Egipto; y podemos citar tres: Alburquerque, Leibnitz y Bonaparte. Alburquerque comprendió que los portugueses, que acababan de abrir el camino de la India por el Cabo de Buena Esperanza, podrían quedar privados de este gran comercio si se utilizaba el Nilo y el mar-Rojo; y por eso concibió la gigantesca idea de desviar el curso de aquel río para que se vertiera en dicho mar, á fin de imposibilitar el tránsito y asegurar eternamente á los portugueses el comercio de la India. ¡Vanas pretensiones del genio, que quiere eternizar todas las cosas en un mundo variable y vacilante! Si el proyecto de Alburquerque hubiese tenido buen éxito, habría trabajado para los holandeses y más tarde para los ingleses. En tiempo de Luis XIV, el gran Leibnitz, cuyo genio abrazaba todas las cosas, dirigió al monarca francés una memoria que es uno de los más hermosos monumentos de razón y de elocuencia políticas. Luis XIV quería invadir la Holanda, sólo por obtener algunas medallas. «Señor, le dijo Leibnitz, no es en su país donde podréis vencer á esos republicanos; no franquearéis sus diques y atraeráis á toda la Europa en su favor. En Egipto es donde se debe herirlos; allí encontraréis el verdadero camino del comercio de la India; arrebataréis éste á los holandeses, asegurando el eterno dominio de Francia en el Levante; regocijaréis á toda la cristiandad y llenaréis al mundo de asombro y admiración: Europa os aplaudirá en vez de coligarse contra vos.»

Estas grandes ideas, descuidadas por Luis XIV, eran las que llenaban la cabeza del joven general republicano.

Habíase pensado también en el Egipto muy recientemente, pues Mr. de Choiseul tuvo la idea de ocuparle cuando estuvieron en peligro todas las colonias de América. También se pensó en la época en que José II y Catalina amenazaban el imperio otomano. Ultimamente el cónsul francés en el Cairo, Mr. Magallón, hombre distinguido y muy conocedor de la situación de Egipto y de Oriente, había dirigido memorias al gobierno, ya para denunciar las vejaciones que los mamelucos hacían sufrir al gobierno francés, ó bien para hacerle comprender las ventajas que se obtendrían ejerciendo en ellos la venganza. Bonaparte había buscado todos estos documentos y formado un plan según su contenido. En su concepto, Egipto era el verdadero punto intermediario entre Europa y la India; allí era preciso establecerse para arruinar á Inglaterra; desde allí se debía dominar

para siempre el Mediterráneo, convirtiéndolo según su expresión en un *lago francés*; y asegurar la existencia del imperio turco, ó tomar la mejor parte de sus despojos. Una vez establecidos en Egipto, se podían hacer dos cosas: ó crear una marina en el mar Rojo y marchar á destruir las posesiones en la gran península índica, ó bien convertir el Egipto en una colonia y factoría. El comercio de la India no dejaría de trasladarse muy pronto, abandonando el Cabo de Buena Esperanza: todas las caravanas de Siria, de Arabia y del Africa se cruzaban ya en el Cairo, y sólo el comercio de estos países podía llegar á ser inmenso. Egipto era el más fértil de la tierra: además de la gran abundancia de cereales, proporcionaría todos los productos de América, reemplazándolos completamente; y de este modo, bien se hiciera del Egipto un punto de partida para ir á atacar las posesiones inglesas, ó ya se convirtiese en una simple factoría, se estaba seguro de encaminar el gran comercio por sus verdaderas vías, haciendo que éstas desembocaran en Francia.

Aquella atrevida empresa tenía sobre todo á los ojos de Bonaparte la ventaja de la oportunidad. Según los luminosos informes del cónsul Magallón, era el momento de marchar á Egipto: activando los preparativos y el trayecto, se podría llegar en los primeros días del verano; entonces se hallaría la cosecha terminada y recogida y vientos favorables para remontar el Nilo. Bonaparte sostenía que sería imposible desembarcar en Inglaterra antes del invierno; que por otra parte estaba demasiado prevenida esta potencia; que la empresa de Egipto, por el contrario, del todo imprevista, no hallaría obstáculos; que algunos meses bastarían para el establecimiento de los franceses; que volvería él mismo en otoño para efectuar el desembarco en Inglaterra; que el tiempo sería entonces favorable porque aquella nación habría enviado á la India una parte de sus flotas, y que se hallarían menos obstáculos para abordar sus riberas. Además de estos motivos, Bonaparte tenía otros personales: la ociosidad de París le era insoportable; no veía nada que intentar en política; temía vulgarizarse, y deseaba ser más grande aún. Había dicho que los nombres gloriosos no se adquieren sino en Oriente.

El Directorio, á quien se acusó de haber querido desembarazarse de Bonaparte enviándole á Egipto, oponía por el contrario grandes objeciones á este proyecto. Larevelliere-Lepeaux, sobre todo, era uno de los más tenaces en combatirlo: decía que se iba á exponer á treinta ó cuarenta mil de los mejores soldados de Francia, sometiéndolos á los azares de un combate naval, y privándose del mejor general, de aquel que más temía el Austria; y esto en un momento en que el continente no estaba pacificado, por causar grandes resentimientos la creación de nuevas repúblicas.

Añadió que además se iba á excitar tal vez á la Puerta á tomar las armas al invadir una de sus provincias. Bonaparte hallaba contestación á todo: decía que nada era más fácil que escapar de los ingleses, dejándoles ignorar el proyecto; que Francia, con trescientos ó cuatrocientos mil soldados no podía depender de treinta ó cuarenta mil hombres más; que en cuanto á él, volvería muy pronto; que la Puerta había perdido el Egipto hacía largo tiempo por la usurpación de los mamelucos; que vería con gusto á Francia castigarlos, pudiendo